

1990: El año más largo

RAFAEL L. BARDAJI

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

Extrañamente, el año 1990 no sólo ha estado cargado de acontecimientos y cambios profundos en lo político y en lo militar, sino que, además, estratégicamente no coincide con el calendario natural. Podríamos decir que 1990 comenzó, en realidad, la noche del 8 de noviembre de 1989, cuando la caída del muro anunciaba ya la caída del comunismo en los países hasta entonces del "Este". El proceso de cambio abierto en los antiguos aliados de Moscú, su paulatina democratización, sus reformas económicas, por un lado, el buen entendimiento de los grandes, los acuerdos de desarme, también anunciaban el nacimiento de una nueva Europa, tal y como los 34 países de la CSCE, reunidos en París a mediados de noviembre, declaraban.

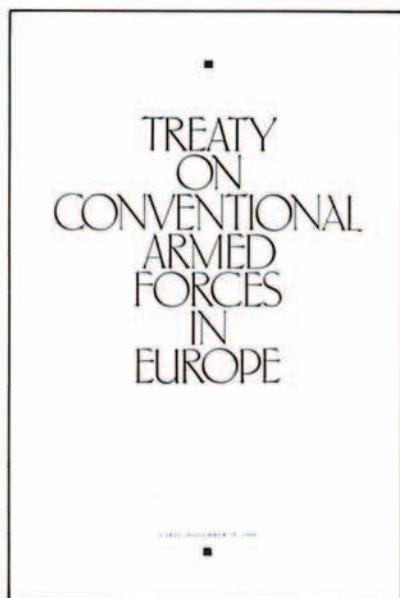
Pero no sólo por eso 1990 es el año más largo, 1990 no acabó el 31 de diciembre, como podría esperarse, si acaso el 15 de enero, fecha límite para que Irak cumpliera con las resoluciones de las Naciones Unidas y se retirara pacíficamente de su vecino Kuwait al que invadió el 2 de agosto.

El año pasado, es verdad, ha sido un tiempo de cambio, distensión, desarme, cooperación en Europa y para Europa, pero desgraciadamente las esperanzas de una paz perpetua se han visto truncadas por los dramáticos acontecimientos desatados por el afán expansionista de Saddam Hussein. 1991 probará hasta qué

punto la fuerza no se ha erradicado de la faz de la Tierra, tal como se soñaba a comienzos del año pasado, sino que, incluso, hay que recurrir a ella para garantizar el orden internacional.

La Europa postcomunista

Cuando el 9 de noviembre pasado caía el muro de Berlín no era únicamente una ciudad artificialmente separada lo que dejaba de existir. En primer lugar, era la prueba palpable de la inevitabilidad del cambio político en los países centroeuropeos con regímenes socialistas impuestos por la URSS desde hacía 40 años; en segundo lugar, ponía de relieve el dramático momento



Portada del Tratado CFE.

por el que atravesaba la misma Unión Soviética, incapaz de sostener su tradicional glació de seguridad que le otorgaban sus satélites, y con grandes dificultades para sobrevivir incluso en sus fronteras internas.

Efectivamente, después de cuatro décadas de comunismo impuesto, allí donde los ciudadanos han podido finalmente expresarse libremente en las urnas no ha sido sólo la dictadura de los Partidos Comunistas lo que se ha visto en juego, sino la existencia misma de dichos partidos. No es este el momento de repasar el día a día de las revoluciones de 1989, sólo recordar que las reformas se iniciaron antes en aquellos países que se enfrentaban a una situación económica calamitosa, como eran los casos de Polonia y Hungría, mientras que en los que los dirigentes se encontraban más seguros en sus puestos por el standard de vida relativo de sus poblaciones – el caso de la RDA, Checoslovaquia y Bulgaria – las reformas se demoraron más. Aunque luego el proceso resultase más traumático al estar más comprimido en el tiempo.

De todas formas, siendo la economía el motivo subyacente, la verdad es que las protestas se transformaron rápidamente en un canto por la libertad política, esfera en la cual se han llevado a cabo estas revoluciones. De hecho, en Polonia, la RDA, Checoslovaquia y Rumanía, el ritmo de las reformas vino impuesto desde abajo, por las poblaciones mismas enfrentadas al poder establecido. Por contra, en Hungría y Bulgaria, el cambio estuvo promovido desde el aparato estatal, aunque mal preparados, acabase por escapar a sus designios.

Una vez lograda la legitimidad popular de los nuevos gobiernos a través de las urnas, se abre la urgente tarea de conseguir la estabilidad política, ausente de la



Cuando el 9 de noviembre caía el muro de Berlín no era únicamente una ciudad artificialmente separada lo que dejaba de existir.

vida de estas naciones en los últimos meses, y la aplicación de medidas de choque que frenen su deterioro económico y conduzca sus economías dirigidas a un libre mercado. Desgraciadamente la falta de resultados en el terreno económico puede acabar generando descontentos populares y una mayor inestabilidad política, algo que nadie desea pero que estos países de la zona, dejados a sí mismos, difícilmente podrían evitar.

Ahora bien, la caída de los satélites es una parte de la crisis que afecta al bloque socialista, la que toca a las fronteras externas del imperio soviético, pero no la única. En sus cinco años al frente de la URSS, Gorbachov no ha logrado ni acelerar ni reestructurar el sistema económico soviético y, sin embargo, ha abierto la caja de pandora de la expresión popular de los sentimientos nacionalistas e independentistas de gran parte de las repúblicas so-

viéticas. La URSS en 1990 no ha hecho sino hundirse en el caos.

Primeramente porque la Perestroika sigue revelándose como un gran fracaso que no consigue alcanzar ninguna de las metas propuestas. Bien al contrario, las colas han desaparecido de Moscú no por sobreabundancia de bienes, sino por la carencia total de ellos: de 273 artículos de consumo, unos 250 eran inexistentes en los almacenes a finales del 89 y la situación no ha ido sino a peor. Tanto que la URSS hoy depende de la ayuda alimentaria de países como Alemania para poder pasar el invierno. Lo peor, aún queriendo imaginar que la URSS puede pasar por encima de cualquier crisis, es que todo indica que la situación económica no puede mejorar porque las medidas radicales que necesita la economía no están siendo adoptadas.

Pero quizás lo más inestable

de esa situación sean sus implicaciones políticas. Las vacilaciones de Gorbachov a la hora de aplicar las reformas, así como la imposibilidad de contentar los nacionalismos, ha generado una oposición tanto a la izquierda como a la derecha del líder soviético que ha acabado con el descrédito total del PCUS como órgano de poder así como de las instituciones centrales. Las elecciones al Congreso de los Diputados del Pueblo, primero, y ahora la reforma institucional promovida por Gorbachov ponen de relieve la descomposición del poder tradicional de Moscú.

Donde más evidente es la pérdida de control por parte de las autoridades del Kremlin es en la cuestión de las nacionalidades. Por un lado, 1990 no ha visto mejorar la situación en las repúblicas musulmanas del sur, en donde hubo violentos enfrentamientos y un clima de cuasi guerra civil entre minorías étnicas y

religiosas. Es más, la creación de frentes nacionales se ha ido extendiendo a zonas como Uzbekistán, Tajikistán y Kazakhstán. En segundo lugar, Gorbachov ha tenido que verse enfrentado a las sucesivas declaraciones de independencia tomadas libremente por los parlamentos de Lituania, Estonia y Letonia.

Es más, la paciencia y moderación de algunas repúblicas, a la espera de un nuevo Tratado de Unión, parecen haberse agotado al conocer el texto del mismo en el que no se les concede la autonomía que aguardaban. Hoy ya parece claro que las fronteras de la URSS se verán modificadas en alguna medida. Los intentos de los estados bálticos por estar presentes en la cumbre de París del pasado noviembre no es sino un símbolo premonitorio de ello. Ya no se trata de mantener la unidad sino de saber si la desintegración sucederá de manera súbita o lentamente.

El desarme en Europa

El domingo 18 de noviembre se firmaba en París el Tratado de Fuerzas Convencionales en Europa (CFE) y que se había negociado laboriosamente en Viena desde marzo de 1989. Era un acuerdo esperado. En realidad, cuando comenzaron las conversaciones informales allá por 1986/87, eliminar las disparidades y asimetrías convencionales que favorecían al Pacto de Varsovia era una necesidad urgente, particularmente tras el Tratado de Washington que eliminaba los sistemas nucleares de alcance medio en el suelo europeo. Sin embargo, en este año y medio largo de negociaciones, los acontecimientos políticos en centroeuropa, esa caída acelerada del comunismo en los mal llamados "Países del Este", la reunificación de Alemania, así como la

creciente descomposición del poder político en la URSS, unida a su clara incapacidad para la reforma económica, han hecho de las CFE unas negociaciones caducas, sobrepasadas por los acontecimientos políticos y, en gran medida, irrelevantes en términos de seguridad. El Tratado CFE sólo limita los riesgos del viejo orden europeo, un orden que ya no existe más.

En primer lugar, porque el Pacto de Varsovia en tanto que entidad militar ha dejado de existir. Sus países miembros, a medida que avanzaban en su "descomunización", iniciaban una senda de desarme unilateral y reestructuración de sus fuerzas al margen de los designios de Moscú o de los planes operativos del Pacto. El impacto inmediato en las CFE ha sido la pérdida de cohesión de una de las partes en la negociación, salvada sólo con la ficción de seguir considerando dichos países aliados de Moscú.

En segundo lugar, porque las negociaciones abiertas entre estos países y la URSS para la reducción de la presencia militar de ésta en su suelo o su total eliminación, rebajaba sustancialmente el peligro de un ataque sorpresa y dificultaba enormemente, incluso, una operación de envergadura desde la propia Unión Soviética. Lo que hasta 1989 era un cordón sanitario para la URSS, se ha convertido en un inesperado espacio de seguridad para los occidentales.

En tercer lugar, porque la reunificación de Alemania conseguía acordar los plazos de retirada total de las fuerzas soviéticas estacionadas en la hasta entonces RDA, así como una profunda reestructuración del ejército de la RDA, eliminando por completo una fuente potencial de riesgos. No es que fuera inimaginable reducir los Mig-29 en el inventario de la RDA, éstos vuelan ahora al servicio de la Alema-

nia aliada, miembro de la OTAN.

Por último, porque los miembros de la OTAN, deseosos de obtener los más altos "dividendos de la paz", se han embarcado también en sustanciales reducciones de sus fuerzas, sin esperar el resultado de las negociaciones de Viena y, hasta cierto punto, haciendo que los techos fijados por el Tratado (20 mil carros, 20 mil piezas de artillería, 30 mil blindados, 6800 aviones de combate y 2 mil helicópteros de ataque) y que en su día parecían un sueño a alcanzar, sean hoy desproporcionadamente elevados.

Es verdad que las reducciones previstas en las CFE no son suficientes y que, de acuerdo con los números, la URSS seguirá siendo la principal potencia militar en el Continente. Por tanto, sujetar a la URSS a través de un acuerdo podría otorgar un cierto grado de predecibilidad sobre su potencial bélico futuro. Por otro, el intrusivo y elaborado sistema de verificación puede resultar en un valor altamente positivo que permita estabilizar la situación y generar mayores medidas de confianza por sí mismo. Sin embargo, el supuesto básico sobre el que se fundan ambas afirmaciones, que la URSS continuará presentándose como una amenaza, es verdaderamente lo problemático. Podría ser así si la URSS siguiese existiendo tal y como la conocemos hoy, si la reforma económica llegase a producir algunos resultados, estabilizase la situación política y permitiera una sostenida modernización militar. Pero nada nos puede hacer estar seguros de esa evolución, todo lo contrario. Como hemos apuntado antes, los signos que se evidencian en la actualidad soviética más bien apuntan a un creciente clima de desorganización en el que el poder político central se encuentra totalmente desbordado. Las CFE, por

La URSS, un estado multinacional

Las quince repúblicas federadas y las principales repúblicas autónomas



Para la URSS ya no se trata de mantener la unidad sino de saber si la desintegración sucederá de manera súbita o lentamente.

tanto, son un tratado que, en gran medida, nace muerto. O sin proyección de futuro.

¿Un nuevo orden europeo?

Hay momentos en la historia en los que se condensa y simboliza el cambio de un orden a otro. Así, la Paz de Westfalia de 1648, el Congreso de Viena en 1815, 1920 con la Liga de Naciones, Yalta en 1945 y ahora, si hacemos caso de las declaraciones, la Carta de París para una Nueva Europa firmada por 32 países europeos más EEUU y Canadá este mismo mes de noviembre.

La Paz de Westfalia puso fin a las guerras de religión que asolaban el imperio y reorganizó el mapa político de los incipientes Estados en torno a la política de equilibrio de poderes. El Congreso de Viena pretendía poner un coto a los nacionalismos desatados por Napoleón estableciendo, a su vez, que los monarcas concertaran sus acciones. Yalta simboliza la división del mundo en esferas de influencia y, por derivación, la cesión de media Europa a la Unión Soviética como bien nos ha recordado durante más de cuatro décadas la existencia de dos Alemanias. ¿Qué nos ofrece ahora la Carta de París?

En primer lugar, la Carta cierra el paréntesis que hemos vivido en Europa, desde 1945, esto es, sella el final de la división del continente, sentencia la muerte del enemigo, reconoce, en suma, que la bipolaridad ha muerto. En este sentido, es un gran paso histórico producto de los cambios ocurridos en el Este durante el año pasado y que permiten que todos los europeos sin excepción comiencen a entenderse en el mismo lenguaje diplomático. De ahí que sea comprensible la alegría con que la reunión de la CSCE de la que ha salido, saludaba a una Europa ya sin telones de acero político-ideológicos, y

que la propia Carta dedique gran espacio a ensalzar las virtudes del régimen democrático-liberal y vuelque gran parte de sus esfuerzos institucionales en la supervisión de elecciones libres entre los signatarios.

Pero la Carta es algo más que un certificado de defunción de un orden que ya no existe, también nos promete un nuevo orden internacional para Europa a través del respeto al código de conducta plasmado en el texto. Básicamente el repudio a la fuerza y el reforzamiento de las relaciones amistosas y de cooperación. Desgraciadamente, la Europa del postcomunismo, siendo una positiva novedad respecto a las décadas de confrontación que hemos vivido tras la II Guerra Mundial, no sólo deja a los europeos sin amenazas directas y dueños de su destino, sino que los deja también frente a sus tradicionales problemas que la guerra fría había mantenido congelados.

Efectivamente, la caída de la Unión Soviética y un relativa decadencia norteamericana, esto es, la quiebra de las superpotencias a nivel global, no se ha visto reemplazado todavía por un nuevo equilibrio. Al contrario, en suelo europeo el fin de la bipolaridad se ha traducido más bien en un despolarización en la que ninguna nación cuenta, de momento, con la fuerza, la riqueza o la habilidad para convertirse en el nuevo líder. En este sentido, es extraordinaria la semejanza de esta nueva Europa con la Europa de siempre, particularmente la de comienzos de siglo. Ahora, en política, los vacíos no existen y cuando se producen tienden a ser llenados rápidamente. Por ello, tras la II Guerra Mundial, europeos occidentales y norteamericanos se aliaron a fin de contrarrestar la amenaza que pesaba sobre ellos desde la

URSS, la única potencia deseosa de convertirse en hegemónica, incluso por la fuerza. Para salvarse de una superpotencia expansionista había que aliarse a la otra. De no haber detentado la URSS y los EEUU una neta supremacía sobre el resto, se habría vuelto a la manera más conocida de impedir que una nación se elevara irresistiblemente sobre las demás: el balance de poder, el juego flexible y cambiante de pequeños y medianos poderes temerosos del grande. ¿Es esta la nueva Europa a la que vamos? ¿Una vieja nueva Europa?.

En la medida en que el equilibrio de poder terminó siempre de manera dramática y violenta, pocos pueden sentirse tentados por un esquema tal. Y, desde luego, los dignatarios que firmaron la Carta de París no parecen estarlo. Bien al contrario, la CSCE y su documento son exponente de una visión neo-liberal e institucionalista que confía plenamente en que el establecimiento de foros multilaterales sirve para garantizar la paz y la estabilidad entre sus miembros. Desgraciadamente el registro de la historia europea no permite ser muy optimista al respecto. Las instituciones en sí no garantizan nada, sólo las instituciones fuertes, que puedan imponerse sobre las partes, son efectivamente estabilizadoras.

¿Es la Carta de París el cimiento de una organización fuerte? De momento no lo es. Es cierto que se ha dotado de una incipiente burocracia, que ha creado una Oficina pro Elecciones Libres y un Centro de Prevención de Conflictos, pero el funcionamiento básico sigue siendo el de siempre: cualquier estado puede ser miembro sin requisitos, a diferencia, por ejemplo, del Consejo de Europa donde la democracia liberal es condición sine qua non para pertenecer; los acuerdos, por otra parte, se basarán en

el consenso, lo que significa que siempre se lograrán a la baja y difícilmente podrán imponerse si alguna de las partes muestra su disconformidad.

El desorden mundial

En cualquier caso, el futuro europeo se presenta más benigno que el presente mundial, pendiente de una solución a la crisis abierta tras la invasión iraquí de Kuwait. Saddam Hussein ha puesto al mundo entre la espada y la pared: o luchar para garantizar el orden o contemporizar con alguien que pisotea todo tipo de convenciones internacionales y de derechos humanos. Es verdad que la mera posibilidad de tener que recurrir al uso de la fuerza contra Irak despierta todo tipo de temores pues, como suele decirse, las guerras se sabe cómo empiezan pero no cuando ni cómo acaban y, en cualquier caso, siempre lo hacen con dolor y destrucción. Y es cierto que hay guerras que no resuelven nada, pero a veces hay paces que tampoco. El día 15 de enero Saddam Hussein seguía empeñado en desoir las resoluciones de Naciones Unidas, y como consecuencia la coalición antiiraquí, el mundo occidental, decidió recurrir al uso de la fuerza armada. Ninguna victoria será gratis, eso es obvio cuando hay una guerra de por medio, pero ninguna víctima será tampoco gratuita. Dejar que la agresión obtenga algún beneficio quizá hubiese permitido pasar unos meses en paz, pero tarde o temprano acabaríamos lamentándolo. Hoy Saddam ha ocupado Kuwait y desafiado a la comunidad internacional amparado en un millón de hombres desigualmente pertrechados. ¿Qué no hubiese sido capaz de hacer cuando poseyera misiles de alcance estratégico y armamento nuclear? ■